

T17-6 Desarrollo y cambios en la adolescencia

Lectura: La catastrófica tarde de billar

Por: Ana Romero

–¡Tú no tienes derecho a decirme nada, mocosa! ¡Soplona! Te odio –me gritó mi hermano y el portazo que dio retumbó en toda la casa. En ese instante, las lágrimas se me empezaron a salir.

José Luis cumplió 16 años y desde antes de su fiesta ha estado más o menos insoportable, pero jamás llegué a pensar que mi propio hermano fuera capaz de decirme que me odia. No él. Yo sé que la adolescencia es una cosa horrible, pero también pasajera porque a todos mis primos les ha pasado, pero mi hermano siempre fue protector y cariñoso. Ahora está vuelto loco.

La gota que derramó el vaso comenzó la semana pasada en que mis papás tuvieron con él la dichosa conversación “de adultos” que todos tememos. Yo fingía que me preparaba el chocolate más tardado de la historia para poder escuchar desde la cocina y la verdad no fue tan malo, hasta creí que a mi hermano le iba a encantar la idea de ser tratado como un adulto con responsabilidades y derechos. Pero como desde hace algunos meses, me equivoqué con él.

Ya ni siquiera puedo hablar con él de regreso de la escuela, porque ahora se avergüenza de mí y se va por su lado, en la casa peor porque se encierra en su cuarto con llave.

–Voy nada más al billar. Ya habíamos hablado de esto –le dijo a mi mamá hoy en la tarde, después de avisarle que iba a salir con Pedro –. Quedamos en que les aviso y me mantengo en contacto con ustedes, ¿cierto? Déjame probar que soy confiable.

Y así quedó la cosa y mi hermano se fue.

Pero yo tenía una especie de espinita clavada en el cerebro, porque en lo único que podía pensar era en Pedro y sus malísimas calificaciones; su pésimo lenguaje; lo poco que se baña; lo mucho que hizo sufrir a su novia. Y sé todo eso no por chismosa, sino porque mi amiga me cuenta.

Toda la tarde me quedé dándole vueltas al asunto. Lo que más me preocupaba era que mi hermano fuera a estar bien. ¿Y si el fulano lo obligaba a hacer algo malo? ¿Y si no

habían ido al billar? Muchas veces me dije que eran locuras mías, que todo iba a estar bien, pero cuando mi mamá intentó llamarle por cuarta vez y mi hermano sin contestarle, no aguanté más y les conté todo lo que sé de Pedro.

Y al instante me arrepentí porque sabía que lo único que había conseguido era arruinarle la reciente libertad a mi hermanito. Tal y como sucedió cuando por fin llegó a la casa un poco más tarde de lo que había quedado y mis papás le pusieron la regañiza de su vida. Lo peor es que traté de intervenir para apoyarlo, pero salió todo al revés y terminó diciéndome que me odiaba.

Por fortuna era viernes, porque de haber sido entre semana, habría llegado a la escuela el día siguiente con cara de zombi de película de no dormir. Sólo daba vueltas en mi cama sin poder dejar de pensar en lo que José Luis me había dicho, ¿de verdad me odiaba?

Ya era muy tarde cuando oí unos golpecitos en mi puerta.

–¿Puedo pasar? Desde mi cuarto te oigo despierta –me dijo mi hermano y yo no le contesté, pero encendí la luz después de limpiarme las lágrimas para que no me viera llorar.

–¿Me vas a seguir diciendo de cosas? –le pregunté con un nudo en la garganta.

–Sí... –me dijo con la cabeza agachada –Perdón.

Todo el llanto y todo el temor se me olvidaron al oírlo y me lancé a abrazarlo.

–Ay, Angélica, perdiste la oportunidad de que te rogara. Ni siquiera tuve que insistir tantito para hacer las paces contigo –me dijo sonriendo.

–No, no quiero eso, más bien necesito que me expliques que te está pasando –le contesté.

–Pues que estaba enojado porque les dijiste a mis papás algo que no es cierto. Pedro es muy buena persona y tú no lo conoces para juzgarlo. Pero luego entendí que estabas preocupada por lo que dicen de él en la escuela y en fin... te comprendí –me explicó.

–Perdóname tú también –le pedí.

–No seas payasa –me dijo dándome un zape que más bien pareció un cariñito.

–Pero no me refería a eso, sino a todo. Estás muy raro, hermano –le repliqué.

–Lo sé –suspiró -. Es que... es que... no, olvídale –trató de irse pero lo agarré del brazo y le puse la cara de puchero que tanta risa le da –Está bien, chillona... pero a ver si puedo explicarme... mira... como que todo es muy raro. Todo. Mi vida lleva un tiempo cambiando y no entiendo nada. Desde el hecho de ¡rasurarme! ¿Sabías que es una monserga? Lo tengo que hacer diario y diario me corto, me arde la piel y la verdad, al principio pensé que sería padre, pero ahora lo odio porque es la prueba más clara de que ya no soy el mismo. El cuerpo me está cambiando, se me salen los gallos cada dos por tres y ya no



reconozco ni mi voz.

–Estás cambiando para crecer, José Luis, no te estás convirtiendo en un monstruo. Además, todas mis amigas dicen que estás muy guapo y yo también lo creo, pero aunque tú sientas que eres distinto, para mí sigues siendo mi hermano consentido –le dije de verdad.

–¡Pero soy el único! –se quejó y nos reímos –Pero lo más espantoso es que ni yo mismo me aguanto. Me enojo por nada, me entristezco de todo. Me dan ganas de saltar de felicidad; me gustan como tres niñas al mismo tiempo... ¡aaaaaah! –gritó desesperado –. Es como si tuviera que pelear una guerra conmigo mismo y con los demás a cada instante.

–Pues sí... pero también tienes derecho a salir con tus amigos y a ponerte la ropa que te gusta y no la que te obligan en la escuela. Puedes hacer poemas de amor porque ya sabes lo que se siente estar enamorado. Estás de camino a ser una gente grande y siempre decías que era eso lo que querías, ¿no? –traté de calmarlo.

–Ya no estoy seguro. Sí, tiene su parte buena, pero también muchas responsabilidades. Como hoy. Quería platicar con Pedro porque es mi amigo y tiene muchos problemas, por algo le va pésimo en la escuela, pero no es cierto todo lo que se cuenta de él. De



hecho, no es verdad todo lo que se dice de la adolescencia. Así que hoy todo me salió mal porque por más que quiero ayudarlo, él tiene mala fama y no hay manera de cambiarlo y además...

–Además tu hermanita es una soplona –lo interrumpí apenada.

–¿Ves? Todo me sale chueco. Sí, me enojé porque le contaste tu versión a mis papás pero tampoco se me dio la gana contarles la mía y te dije la mentira más grande del mundo. Te quiero mucho, Angélica y ni siquiera podría odiarte aunque me lo propusiera con todas mis fuerzas. Pero tuve un impulso más grande que yo y abrí la bocota. Sé que no debí hacerlo. Sé que tengo que controlarme –se disculpó –. Supongo que hay algo de verdad en lo que dicen de las hormonas en la adolescencia.

–Saberlo es el primer paso. Ahora ponlo en práctica y entiende que tienes que pensar bien tus palabras y tus acciones. Eso te lo dice una experta en hacer las cosas al revés –sonreí.

–¿Sabes que es lo mejor de todo esto? Que una mocosa como tú me entienda. Fíjate nada más, yo buscando respuestas en unas bolas de billar y teniendo a la profesional en casa.

El final de la historia es tan cursi que hasta vergüenza me da contarle, sobre todo porque mis papás tampoco podían dormir y al poco rato la guerra de almohadas ya era multitudinaria.

Espero que falte mucho, mucho para que me llegue el momento de los gritos. Por lo menos no voy a tener que padecer los gallos del cambio de voz... ejem... ¿cierto?... Cierto.

T

odos los derechos reservados



Conecta2 | 6° de Primaria
Edumundo 360 S. A. de C. V.
www.edumundo360.com.mx | www.conecta2.com.mx